
EL VIOLIN

EL señor Deán se hallaba en su aposento, el fresco aposento del piso bajo lleno de libros antiguos: las obras de los Santos Padres, los Concilios, los sabrosísimos místicos españoles, que han caído en desuso para dejar el sitio á detestables declamadores, algún tratado de Geografía escrito el año de uno y la indispensable Historia de México por Alamán. Ocupaban el testero de la estancia un sofá forrado de cerda, seis sillones con asiento de vaqueta y una mesa de viejísimo roble que sustentaba varios infolios y tenía en su centro un bracerillo de plata en que dor-

mitaba el rescoldo. En las paredes no había más adornos que un espantable cromo—el Corazón de Jesús, echando llamas y limpiamente cogido por los dedos pulgar é índice de un mancebo de cara bonita que alzaba los ojos al cielo como extrañando la pérdida de aquel músculo hueco—un plano de la ciudad de Jerusalén y el retrato de un mocito guapo, simpático y de apacible rostro, obra de no mal pincel y que á la cuenta representaba al señor Deán en sus verdes y floridos años.

El Presidente del Cabildo era un viejecito seco, avellanado, de aguileña nariz, de rostro blanco, de ojillos pardos, traviosos y burlones. Tenía bien cuidadas las manos, pequeños los pies, brillante el calzado, sin una mota la ropa y demostraba en todo su individuo el señorial atildamiento de quien considera como una de las primeras virtudes sociales el exquisito aseo de la persona.

Solía decir el señor Deán que la limpieza era muestra no sólo de respeto al cuerpo, que por ser arma del combate terreno debe conservarse limpia y apta para la lu-

cha, sino también prueba de caridad bien entendida, que no quiere se moleste al prójimo con malos olores ó con espectáculos repugnantes.

Atareado estaba el sacerdote leyendo un ejemplar de "El Tiempo," cuando oyó que tocaban suavemente con los nudillos una hoja de la entornada puerta. Levantóse, y dejando sobre la mesa el periódico, que quedó cabeza abajo, mostrando la triple corona y las llaves del escudo pontificio, salió á ver quien con tan discretos golpes se anunciaba.

Era Juanito Pérez Cardona, sobrino del racionero don Antonio Cardona y abogado de recentísima creación. Besó la mano del señor Deán, quien lo abrazó cariñosamente, y luego del prólogo de todas las conversaciones: "¿Qué tal?—Pues yo, bien ¿y la familia?—Crucita no está muy católica: su reuma la tiene sin vida—Pues el cólchico, señor, el cólchico; es eminente," Juanito habló así:

—No me agradezca la visita, señor Deán, porque vengo, como de costumbre, nada más que á darle molestias.

—No diga usted tonterías, Juanito, replicó el capitular enfadado; bien sabe que se le quiere y que se le servirá con gusto si es cosa posible lo que desea.

—Claro que sí, señor; no se trata de que los gamos pasten en el aire ni de que los peces salgan á tierra, como dijo nuestro Virgilio: quiero que haciendo usted una de las tuyas se sirva agraciar á Antonio Figueroa con la plaza de primer violín, que está vacante en el coro de la catedral por muerte del pobre Rómulo Juárez.

—Pero ¿qué toca el violín? Porque mire usted que para substituir á Rómulo se necesita su más y su menos.

—Señor, mi compadre Antonio, porque es mi compadre, es un hombre honradísimo y cumplido como nadie con sus obligaciones: á la madre, la viejecita doña Rafaela, él la mantiene de todo á todo; Luis, su hermano impedido, corre por su cuenta; á su pobre tía doña Rita, ciega desde hace años, le pasa una mensualidad; pero es tan hormiguita arriera y tan busca vidas el pobre Antonio, que todavía puede ayudar á la conferencia, abonar á la deuda enorme

que dejó su padre, socorrer á los pobres y vivir con cierta holgura.

—Muy bonitos sentimientos; pero ¿toca bien el violín?

—Diré á usted, señor, Antonio es católico tan sincero que nunca ha querido emplearse en el Gobierno temeroso de que le impongan cualquier condición que signifique el abandono, aunque sea aparente, de nuestra Santa Religión. Como él dice: "mis creencias antes que nada; ni por todo el oro del mundo sacrificaba yo tanto así de mis convicciones, que son mi consuelo." Por eso no pasa día de Nuestra Señora de Guadalupe, de Señor San José, de la Purísima ó del santo de cualquiera de los suyos que Antonio no celebre comulgando con toda su familia y criados. ¡Y vaya si resulta espectáculo edificante, en estos tiempos en que el ateísmo está de moda, ver á toda aquella familia, desde la ciegucecita á quien llevan de la mano, hasta el niño que el día de los Santos Inocentes hizo su primera comunión, acercarse á la sagrada mesa á recibir el pan de los ángeles con un recogimiento y una compunción que

parece que están diciendo: *Domine, non suum dignus ut intres sub tectum meum*. Pero lo gracioso, lo conmovedor, porque hay que decir la palabra, es oír á Antonio discutir con los protestantes ó con los indiferentes cosas que se relacionan con nuestra Bendita Religión y sus sagrados dogmas; el hombre se vuelve un tigre y no deja cara en que persignarse á los sectarios del error. A Augusto Nicolás, á Balmes y hasta á Bossuet se los ha aprendido casi de memoria y los aplica tan á cuento que es para caérsele á uno la baba.

El otro día cogió al obispo de ellos, aquel bellacote de barbas y levitón, y con lo de "la verdad no varía nunca; tú varías, luego no eres la verdad," me lo encerró en un círculo de que el cuitado no logró salir. Antonio

—Excelente; todo eso es excelente; pero ¿toca bien el violín?

—Nada diré á usted de su honradez, de su afecto á los amigos, de su apego á los buenos principios, de la facilidad con que comprende y desenreda los más sutiles problemas de teología y de metafísica . . .

—Pero ¿toca bien el violín?

—Como tocar, toca, vaya si toca; cuando tenía doce ó catorce años llegó á desempeñar en una distribución de premios algo muy difícil, me parece que "El Carnaval de Venecia" ó cosa así, y todo el mundo lo aplaudió. Hace treinta años que no coge el instrumento; pero se pondrá al avío y verá usted que musicazo nos sale. El no se habría atrevido á solicitar la plaza; pero yo le he dicho: vale que tienes tanta necesidad y que el señor Deán es un santo que sabe proteger á los católicos sinceros que aman á su familia

—Y que tocan el violín por oficio, no que lo tocaron hace cien años.

—De modo que

—De modo que no me es posible agradecer á su recomendado con la placita; si se tratara de premiar la buena conducta, la piedad acendrada, la adhesión á los buenos principios, su don Antonio estaría que ni mandado hacer. Como se trata de mover el arco en la catedral haciendo *pizzicati*, prefiero á quien no se encumbra tanto en cuestiones teológicas, ni estudie al águ-

la de Meaux, ni sea polemista de tamaño rumbo, y esté algo menos empolvado en el conocimiento de si se puede subir hasta el sol ó bajar hasta el fa la cuarta cuerda del instrumento

¿Verdad que el señor Deán dió una lección que vale un Perú á los recomendadores de oficio, que son capaces de recomendar para maestros de las más sublimes y abstrusas matemáticas á sujetos de quien sólo pueden alegar que son buenos hijos, buenos padres ó buenos amigos?

Villa de Zapopan, 7 de agosto de 1900.

EL MIEDO ES NATURAL

EN EL PRUDENTE

S hay un hombre generoso con sus amigos, leal en sus tratos, partido con los extraños, idólatra de los suyos, honrado, servicial, atento y solícito para todo el mundo, ese hombre de seguro lo es don Eustaquio Martínez, conocido por Martínez el del Pedregoso, á causa de llamarse de este modo la finca de campo que posee.

Y sin embargo, ese caballero cristiano, ese prototipo de bondad, ese hombre recto, juicioso y equilibrado dejó seco de un tiro á un hombre sin que hubieran mediado riña ni contienda.

Por el setenta y cinco vivía don Eusta-

CAROLINA ALFONSINA